Memorias de Cáncer

T2. (Pra) Willy Montenegro L.

El dinero llegó a mis manos. Un buen fajo de billetes de 10.00 soles que casi llegaban a 1,000.00 y que la Cooperativa "Miguel Grau" me prestó luego de la gala de persuación que hice ante los directivos a fin de obviar parte del engorroso trámite. "Me regalaré una excelente cena, luego compraré el supernintendo que prometí a mis hijos" dije entre mí (lo pensaré mucho antes de efectuar una promesa). Seguí reflexionando: "En fin, ellos cumplieron con las excelentes notas del colegio. Luego, si me apresuro, llegaré a tiempo al Centro Médico".

Las sospechas fueron confirmadas, y honestamente no alcanzo ahora a comprender mi indolencia a tan grave noticia. No, no se trata de magnificar el mal ni de protagonizar un drama ante la realidad de un destino seguramente preconcebido, pero ahí estaba ineludible, en la voz y la mirada grave pero serena del doctor Pedro Cornejo.

—Tienes cáncer, está focalizado y, entre todos los cánceres, es uno de los que menos problemas dan al tratamiento; el tratamiento consiste en extirpar parte del estómago.

Hace muchos años que conozco al doctor Cornejo. Fue a bordo del B.A.P. *"Marañón"* en una comisión efectuada hacia la frontera con Ecuador. Comandaba el buque en aquel entonces el teniente César Castañeda Basagoitia, excelente oficial de Marina que caló profundamente en el sentimiento de su dotación. Fue en ese memorable viaje que la tripulación, con su bizoño cirujano, degustó un excelente ceviche de lagarto.

Llegó el día 9 de octubre, a las nueve de la mañana, hora en que ingresé a sala de operaciones. Previamente, personal de enfermería de la sala 4-3 cumplieron con el "ritual" de preparar al paciente, esto es, afeitada, el ineludible enema y vendada de los pies. Pude percatarme del sentimiento de fraternidad existente entre el personal hospitalizado, compartido tácitamente en momentos que se va a ser trasladado a sala de operaciones. Consiste en un momentáneo silencio de meditación, y la expre-

sión ¡ "suerte" ¡ con el pulgar levantado, como si se trataran de pilotos previo al despegue.

Sin ropa interior, con el inmaculado mandil blanco puesto, las piernas vendadas y sobre la camilla, recorrí los amplios pasillos del tercer piso, traspasando puertas de vaivenes, rumbo al quirófano. Pronto fui puesto sobre la mesa de operaciones. El anestesista se me acercó y me dijo:

—¿Técnico Montenegro?

—Si señor, soy el técnico Montenegro.

— Soy el anestesiólogo, voy a cuidarlo durante la operación. No tiene por qué preocuparse. Dígame ¿tiene prótesis dental?

—No, señor.

—Muy bien... yo estaré pendiente de usted.

La seguridad puesta en sus palabras me infundió confianza. Cerré los ojos y me encomendé a Dios en una oración profunda, que nacía en lo más recóndito de mi corazón. ¿Por qué será que los hombres buscamos comunión con Dios solamente en momentos de apremio?, y que en otros momentos la relación se torna meramente superficial? Me midieron la presión arterial y sentí la aguja buscar la vena de mi brazo. Giré lentamente la cabeza y con la mirada alcancé a ver las manecillas del reloj ubicado en una de las paredes de la sala de operaciones. Señalaba las nueve y veinticinco horas. Luego, como que las voces se alejan...

Fue un siseo a lo lejos, luego el sonido fue aumentando gradualmente, tornado en murmullo de voces... Lentamente abrí los ojos y solamente entonces caí en la realidad. Sorprendido me dí cuenta que la operación había ya culminado. Médicos, enfermeros y enfermeras se encontraban a mi alrededor en la sala de cuidados intensivos.

—¿Cómo te sientes?—, escuché la pregunta de uno de los médicos.

¿Que cómo me sentía? Me era difícil responder, como que si una aplanadora hubiera pasado sobre mí una y cien veces.

—¿Ya terminó todo?— respondí con otra pregunta.

—Sí, ya terminó todo— respondió la misma voz, preguntándome nuevamente- ¿Cómo te sientes?

—Bien— respondí buscándole la mirada, y al descubrirlo no pude identificarlo debido a la mascarilla y el gorrito de quirófano que tenía puesto. —Solamente tengo la boca llena de flemosidad— agregué.

Me aspiraron la mucosidad de la boca y la garganta; creo que un poco más y me dejan sin amígdalas. Luego me quedé solamente acompañado del personal de guardia de la Unidad de Cuidados Intensivos Quirúrgico.

Creo que no pasó ni diez minutos y un ligero dolor en la espalda a la altura de los pulmones, o quizás en la columna vertebral, no pude precisarlo, fue intensificándose paulatinamente, a tal punto que durante tres días con sus tres noches no dormí ni siquiera un minuto. No encuentro palabras suficientes para describir ese sufrimiento. Según expresiones del personal médico, estuve con calmantes, que se aproximaban a la morfina, para poder calmar esos dolores que se irradiaban hacia el abdómen. En algún momento solicité los forros metálicos de las historias clínicas para que lo colocaran bajo mi espalda. Solicitaba me ayuden a cambiar de posición en el lecho a fin de encontrar comodidad y aminorar el dolor colocando frazadas dobladas o almohadas, a fin de mantenerme en una u otra posición, pero el dolor era, a ratos, lacerante, llegando en

algunos momentos a brotarme las lágrimas en los ojos. ¡Sí es cierto¡, nosotros los hombres también lloramos... El orgullo, el coraje de marino de una y mil comisiones, y operativos de patrullaje, en ese inmenso mar de floresta, surcando sinuosos y caudalosos ríos amazónicos, combatiente contra el accionar terrorista en el Frente Ucayali; marino tropical que empuñó la rueda de cabillas de su buque en demanda de la frontera para defender el sagrado interés del Perú, reconoce sus lágrimas sobre la almohada de una de las camas del Centro Médico Naval. Pero no; no eran lágrimas de humillación ante un enemigo que se puede combatir físicamente sino un enemigo que está dentro de uno mismo y se llama enfermedad.

Cáncer, así se le denomina a mi enemigo y que los galenos navales extirparon de mi organismo arrancándome cuatro quintas partes de mi estómago a fin de vencerlo, tras larga operación, en casi doce horas.

Fue al cuarto día que el doctor Cornejo, tras mirarme fijamente durante un breve tiempo, exclamó:

—Montenegro, no te abandones ¡piensa en tus hijos!

Honestamente, no sé cuál sería mi semblante en aquellos momentos, que indujo al médico a exclamar esas palabras, pero al mirarme las manos los observé hinchadas y amarillentas.

Ese día, atormentado por los dolores, elevé una nueva oración a Dios y le dije: "Dios, estoy quebrantado y dolorido; prometo que de mi boca no saldrá palabra alguna que reproche este amargo momento, y si es voluntad tuya recogerme de esta vida, te espero con los brazos abiertos".

A las dos de la mañana, luego de una sesión de nebulización, me quedé dormido hasta las cuatro y media. Y fue así que empecé a recuperarme paulatinamente induciendo a ello anímicamente también. Fue gratificante la llamada telefónica de mi comandante, el capitán de fragata César García Romaní, quien, preocupado por la gravedad de mi salud, llamó directamente a Cuidados Intensivos, a fin de informarse.

Al sexto día, en la visita médica efectuada por los cirujanos, me preguntaron cómo me sentía. Contesté que había hablado con los demás pacientes a fin de desafiar un partido de fulbito a los cojos, de traumatología, provocando con esto risas en el personal médico.

En el séptimo día de la operación, fui derivado a la sala 4-3. Mención especial en esos aciagos días pasados corresponde al padre Eduardo, quien con sus bendiciones me reconfortaba espiritualmente.

Pasaron los días, y en una de las tantas visitas médicas uno de los cirujanos exclamó:

—Parece un torete, no se hizo nada.

—Sí— confirmó otro, agregando seguidamente:— sale de alta para continuar tratamiento de quimioterapia.

Pronto fui evaluado por el doctor Ricardo Ramírez, del Departamento de Oncología, quien recomendó seis sesiones de Quimio, tipo Chop, iniciándose de esta manera una nueva etapa en mi tratamiento contra la maligna enfermedad que me aqueja.

La primera sesión de quimioterapia se realizó el 23 de noviembre y, de acuerdo a mis cálculos, estaría culminando este tratamiento a fines del mes de abril. Vana ilusión; severas infecciones luego de cada dosis retrasaron durante cinco meses este tratamiento, teniendo que ser sometido a nuevas intervenciones quirúrgicas, la última de estas debido a fístulas en la región perianal.

El tratamiento de quimioterapia es complejo. Pacientes con diversos tipos de cáncer "quedaron en el camino" al no asimilar debidamente esta medicina, pues tiene propiedades inmuno depresivas. Luego de cada dosis, el organismo pierde defensas quedándose expuesto a sufrir contagios de enfermedades o infecciones que pueden generalizarse. Después a los catorce días. el organismo empieza a recuperarse. En esta etapa transitoria el estado anímico no es el mejor: en mi caso, la depresión se incrementó grandemente al encontrarme lejos de mi hogar. Debo manifestar que este tratamiento de quimioterapia es necesario e ineludible si es que uno quiere salvar la vida pues, el cáncer puede ser vencido.

Luego de mi primera "quimio" fui internado en la sala 3-1. En esta oportunidad fue que mi cabello empezó a caerse en una proporción alarmante, a tal punto que al segundo o tercer día tenía parte del cuero cabelludo carente de pelos. Lo inevitable llegó por la mañana; al reflejarme en el espejo, me sentí muy mal, humillado, maltratado. Pasó fugazmente por mi mente la idea de saltar por la ventana con la insana intensión de terminar con la infame situación. Quizá lo hubiera hecho de encontrarme en la sala 4-3 pero me hallaba en la sala 3-1. Ésta está en el primer piso. Imaginemos el titular: SUICIDA SE ARROJA AL VACIO POR VENTANA DE PRIMER PISO.

Pasaron algunas semanas. Al mirar el noticiero de un canal de televisión me impactó grandemente la penosa situación de una mujer de humilde condición socioeconómica, enferma de cáncer generalizado, sin apoyo médico, abandonada por los suyos. Dos niñas pequeñas, sus hijas estaban con ella.

Sé que la angustia y los problemas que se padecen en la vida forjan el carácter de la persona; pero cuando se trata de un sufrimiento producto de una enfermedad donde la presencia de la muerte es una constante como que la cosa se vincula con el espíritu y nuestra relación con Dios es cercana, aceptamos nuestra realidad con humilde resignación y anhelo de paz espiritual.

Honestamente, no sé cuánto costará a la Marina el tratamiento de mi enfermedad. Sé que la sesión de quimio más barata cuesta aproximadamente seiscientos nuevos soles. De costar así las mías, tuviera que multiplicar por el total de sesiones, sumar el costo de la operación, otras medicinas y otros gastos... el resultado de esto debe ser millonario. Qué abismal situación presentada entre la humilde mujer de este relato y la condición mía.

A lo expresado párrafo arriba me trae a reflexión que dentro de nuestras limitaciones y caros anhelos personales, contamos con un excelente servicio médico hospitalario en nuestra Marina de Guerra, que nos brinda atención médica con profesionalismo y calidad humana.

El tiempo pasa y el mundo sigue girando en el universo. Dentro de unos días estaré de mantel largo, sin casi estómago pero de *mantel largo*. Cumplo años fuera del hogar, será como pasarlo en plena navegación; pero, a diferencia, no tendré el barullo ni los cumplidos de los sinverguenzas de a bordo... ¡Oh Dios, cuánto extraño mi trabajo! también extraño a Jane, a Boy y a la mona Chita (yo Tarzán).

Sé que pronto estaré en casa. Solamente me queda una quimio por aplicarme, que, Dios mediante, lo realizaré este próximo 18 de julio. Lejos quedó aquel 16 de setiembre en que fui evacuado desde Iquitos al Centro Médico Naval, pero podrán pasar muchos años

y el sentimiento de gratitud hacia el esforzado y desinteresado servicio recibido de parte del personal del Centro Médico no lo olvidaré. Gente solidaria, dispuesta a reconfortarlo a uno con un gesto amistoso o con unas palabras de aliento, calan en el sentimiento profundo de reconocimiento sincero en momentos dificiles que el destino nos depara... Reza el dicho: "Póstrate en cama y sabrás quien te ama"

La calidad humana de la "gente de mandil blanco" no sólo está en la voluntad de servir al enfermo mediante la aplicación del conocimiento profesional adquirido en la Facultad, o Centro de Instrucción, o a los años de práctica profesional, sino, en el sentimiento que amalgama el conocimiento de la ciencia médica y el refinamiento espiritual para ubicarse en la condición del paciente. Afirmo este concepto al haber leído el siguiente verso sobre un papel escrito por el doctor Pedro Cornejo y que se hallaba sobre su escritorio:

"Oh esqueleto miserable
que sostienes un cuerpo canceroso
sé que muy pronto es probable
me iré como ente misterioso
mis huesos quedarán en el olvido
saliendo mi alma reposada
al buscar la paz que tanto pido".

Yo sinceramente agradezco a Dios Todopoderoso por sus designios al permitirme pertenecer a las filas de la Marina de Guerra del Perú, institución que por antonomasia forma sus filas hombres de calidad humana, de valor y coraje que dignifican la raza humana como el vivo ejemplo legado por mi Almirante Miguel Grau Seminario, que la historia recoge en páginas de gloria.